deseo que tenía del martirio esta joven religiosa, la detuvo a fin de que fuese la última.

En el momento en que estas heroicas vírgenes morían con tan noble valor, una escena no menos sublime pasaba en el HOTEL DIEU. La Madre Ursula-Josefa Gillart, enferma de gravedad, desde varios días había sido transportada a este hospital. Supo por el rumor público que sus compañeras eran conducidas al suplicio. Haciendo un supremo esfuerzo, se puso de rodillas sobre su cama: «Señor, exclamó, no permitáis que mis hermanas entren en el cielo antes que yo!»—Y cayendo sobre su lecho, rindió el último suspiro.

V

EL MARTIRIO.

SEGUNDO GRUPO DE MARTIRES.

Deseando tener la dicha de sus hermanas, las otras seis Ursulinas prisioneras anhelaban vivamente derramar su sangre por Jesucristo. La muerte gloriosa de sus compañeras parece haber afirmado su valor De eso tenemos la prueba en algunas cartas escritas por ellas y que, felizmente, han llegado a nuestras manos.

La víspera de su ejecución, tuvieron el consuelo de comulgar; un Sacerdote prisionero como ellas y que, pocos días después, recibió también la corona del martirio, les proporcionó este bien inestimable. Como los cristianos de la primitiva Iglesia que iban al suplicio saliendo de la Sagrada Mesa, ellas también, fortificadas por el cuerpo de Jesucristo, podían presentarse sin temor delante de sus verdugos y subir sin desfallecer las gradas de la guillotina.

Después, la M. Clotilde que mandaba todavía en su casa, les hizo tomar la cena así como a algunos eclesiásticos, diciendo: «Mañana, nos encontraremos en el cielo.» Qué escena más conmovedora que ver a estos venerables Sacerdotes y Religiosas, de alma sencilla y recta, cómo se preparaban con tanta tranquilidad y heroísmo al paso de la eternidad.

El 23 de octubre, a las nueve y media de la mañana, cuatro soldados y dos oficiales municipales se presentaron a la prisión para conducir al tribunal revolucionario a la M. Clotilde y sus cinco compañeras: las Madres Escolástica y Josefina Leroux, Francisca Lacroix, Ana María Erraux y Córdula Barré. Con ellas comparecieron cuatro Sacerdotes o religiosos.

Al salir de su monasterio, siguieron la calle Cardon, llegaron a la plaza donde se levantaba la guillotina todavía húmeda por la sangre de sus hermanas y adonde, algunas horas más tarde, debían subir a su vez, porque lo sabían, la sentencia de muerte estaba pronunciada de antemano y el interrogatorio no era sino una simple formalidad.

La Reverenda M. Clotilde fué la primera interrogada. Habló con aquella fuerza sobrenatural que Dios prometió a los suyos cuando dijo: «No preparéis lo que debéis contestar a vuestros jueces y a vuestros perseguidores, yo mismo os daré una sabiduría a la cual todos vuestros adversarios no podrán resistir y a la que no podrán contradecir.»

«Siendo la Superiora del Monasterio de las Ursulinas dijo, mis religiosas tenían que obedecerme. Yo soy quien les intimé la orden de regresar de Mons a Valenciennes. Mis hermanas no se han reunido en comunidad, en las tierras de la República, sino en virtud de la obediencia que me deben; yo soy la culpable del crímen, si es que lo hay.

Podéis condenarme, pero mis hermanas son inocentes; no tenéis derecho de pronunciar contra ellas una sentencia de muerte».

Las Religiosas así protegidas por la valerosa afirmación de su Madre, rehusaron separar su causa de la suya. Contestaron que habían contribuido con su Superiora al restablecimiento de la casa de las Ursulinas.

La hermana Córdula añadió: «En cuanto a mí, yo hice lo que la Superiora hizo, si ella muere, debo morir también».

La rectitud y la elevación de las palabras de la Superiora llamaron la atención de los que la oyeron; al salir de la audiencia, un oficial decía: «No es una mujer la que ha hablado, es un hombre y un hombre de rara energía». Esta heroica defensa era inútil: la M. Clotilde fué condenada con sus compañeras. La acta de condenación fué inmediatamente redactada, en los mismos términos que la de las cinco primeras víctimas. Las Religiosas oyeron la sentencia con profundo recogimiento; después la M. Clotilde celosa de reclamar para ella y para sus hijas el privilegio de morir por Dios y no bajo un pretexto estúpido, tomó la palabra:

—«Yo sé que debo morir, porque he sido fiel a mi deber, pero no muero por la república, muero POR LA FE Y LA RELIGION CATOLICA, APOSTOLICA ROMANA que he enseñado, porque para esto ha sido fundado nuestro Instituto».

De vuelta a la prisión, las heroicas víctimas comenzaron sus preparativos; se cor-

taron mutuamente el cabello y rezaron como lo habían hecho sus hermanas, las oraciones de los agonizantes.

En estos momentos llegó la señorita Rosalía Leroy, sobrina de la Madre Clotilde. Ignoraba la condenación de su tía y le traía algunos vestidos de abrigo, pues en esta región del norte, las noches eran frías.

—«Dentro de media hora no existiré, le dijo su tía, estoy con cinco de mis religiosas condenada a muerte».

—A estas palabras, la joven se deshacía en lágrimas.

—¿«Por qué lloráis mi querida sobrina? Es porque voy a ver a Dios? Ah! lloráis mi dicha! Decid a todos mis parientes que yo espero la muerte con alegría, que no olvido a ninguno y pediré por todos

—Hacia la media tarde los oficiales se presentaron; pasaron lista de los condenados.

—«Ciudadanos, dijo la M. Clotilde, les estamos muy reconocidas, este día es el más hermoso de nuestra vida. Pediremos al Señor que les abra los ojos».

—«Perdonamos a los jueces que nos han condenado, sñadió la M. Escolástica, al verdugo y a todos nuestros enemigos».

Los detenidos que llenaban la prisión rodeaban a las Religiosas y lloraban. Aquellas, sonriendo se dejaron atar las manos. Después, el cortejo saliendo de la prisión se puso en marcha.

Por una inadvertencia extraña, el nombre de Sor Córdula fué olvidado. Preguntándose con amarga tristeza, si este olvido no había sido causado por la Providencia que la miraba indigna de la gloria del martirio, Sor Córdula se puso de rodillas, suplicando al Señor que la asociara al último combate y a la gloria de sus compañeras. De pronto se abrió la puerta, el oficial le ató las manos y la reunió a sus hermanas.

Como Superiora, la Rev. M. Clotilde tuvo el honor de subir la primera. La fuerza de alma de que había dado tantas pruebas, no se desmintió en este momento supremo. Coincidencia notable! Era aquel día, 23 de octubre de 1794, el treinta y cuatro aniversario de su profesión religiosa. Renovando, bajo el cuchillo de la guillotina, los Votos que había pronunciado por primera vez en 1760, ¿no debía sentir una indecible alegría al pensar que iba a terminar este bello aniversario en el cielo?

Sus cinco hijas se mostraron dignas de su madre. Se sucedieron sobre la fatal máquina animadas de los mismos sentimientos de fé religiosa y de valor heroico.

Como sus compañeras ejecutadas el 17 de octubre, las seis Ursulinas fueron inhumadas en el cementerio común, llamado hoy de San Roque.

.....

.....

..... Ha soplado otra vez el viento revolucionario! La mano ruda del legislador ha tratado de aplastar los Institutos Religiosos, ya por la expulsión, ya por

la confiscación y el destierro.....Pero, vendrá un día, no lejano, así lo esperamos. en que la Francia purificada y renovada, se levantará para volver a tomar su antiguo nombre de «Hija primogénita de la Iglesia», y llevará como en lo pasado, el nombre de Cristo delante de todos los pueblos y reyes de la tierra!

LAS ONCE URSULINAS
MARTIRES DE VALENCIENNES.